

Juan José FERRER MAESTRO, *Catilina: desigualdad y revolución*, Madrid, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, 2015, 313 pp. [ISBN: 978-84-9104-181-8].

Mientras la figura de Cicerón ha contado en España con una atención constante, la de Catilina, su oponente, no había merecido en muchos años un interés directo. El libro del profesor Juan José Ferrer Maestro viene a reparar tan increíble laguna. Y lo hace de forma irreprochable. El autor, cuyo dominio sobre la época viene avalado por su anterior libro, *La república participada: intereses privados y negocios públicos en Roma* (Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2005), pretende ahora acercar al lector a un hombre, inmortalizado por la prosa de Cicerón y Salustio, y a su tiempo.

Como obra de historiador, el tratamiento de los rasgos personales se combina con los de la sociedad en la que el personaje vivió. Para ello se diseña una disposición muy particular y lograda, organizada en dos partes. La primera aborda, a lo largo de varios capítulos, el marco general, el que nace con la primitiva República y que se transforma, a través de la expansión, en un campo de codicias y ambiciones. De la diestra mano del autor, el lector recorre cuatrocientos años de historia ante los que desfilan las fuerzas que se acrecientan y confluyen hacia la gran crisis del sistema: el imperialismo cada vez más desbocado; las rivalidades entre las familias dirigentes; el expolio desenfrenado de las compañías de publicanos; el drama de la esclavitud y de los campesinos agobiados por las deudas...

Toda esa primera parte es un completo recorrido por la Historia de Roma que desvela al lector las grandezas y las miserias que acompañaron el surgimiento de una gran potencia. A partir de aquí se encuentra preparado para entender al personaje, al que se dedica la segunda parte de la obra. Pero con una salvedad. El profesor Ferrer ha dedicado el primer capítulo del libro –el desenlace– a la muerte de Catilina. Un recurso que permite atrapar al lector, que aguarda ávido que se le esclarezca la vida del hombre al que ha visto caer en los campos de Pistoya.

A lo largo de nueve capítulos de una extensión comedida, se recorre y analiza desde la infancia de Catilina hasta el desenlace final. Como ya había hecho en la primera parte, pero ahora con más profusión, el autor introduce textos clásicos que reflejan la imagen de cómo se nos transmiten los hechos, pero también guía al lector sobre las precauciones con las que hay que leerlos.

Sin duda, la parte decisiva del libro es la que abarca el último trienio de la vida de Catilina. El profesor Ferrer ya había señalado en el proemio de su obra cómo el personaje había sido “tildado de villano, demagogo, héroe populista, criminal sin escrúpulos, víctima del poder omnímodo, golpista, defensor del pueblo, oportunista radical, e incluso, terrorista, entre otros calificativos”, adscribiéndolo de forma sectoria al marxismo, al anarquismo y al fascismo (pp. 14-15). Transitar por los últimos años de Catilina con este zurrón es, como el autor señaló, muy comprometido, pero el profesor Ferrer conserva siempre una magnífica equidistancia. La clara inocencia del personaje en la llamada primera conjura, los iniciales y paradójicos intentos de acercamiento de Cicerón, se modulan en el análisis de su ideario político, que Salustio, la principal fuente, contamina interesadamente con propensiones a la violencia que,

para el autor, son poco creíbles que se intentaran antes del fracaso en las elecciones, dejando bien claro cómo el problema de la abolición de las deudas, epicentro del programa catilinario, podía ser resuelto por medios políticos según se desprende del análisis de todos los grupos que iban a respaldarlo.

El fracaso en las elecciones para el consulado del 63 galvaniza la derrota de este ideario ante una férrea oposición en la que Cicerón y Antonio Hybrida representan a la oligarquía que temía los “modos silanos” del candidato. Pero también, como defiende el autor, se manifiesta en su implicación en la fallida *rogatio* de Servilio Rulo, que pretendía repartir tierras entre los necesitados y que contaba con la intransigencia de Cicerón. En los capítulos 8 y 9 se expone con detalle la compleja situación de las elecciones del año 63 y sus consecuencias. El profesor Ferrer insiste en que había un plan diseñado: si fracasaba la acción política se recurriría al golpe de fuerza. Las maniobras de Cicerón, la ruptura de relaciones entre Catilina y Craso, el intento de asesinato del cónsul, son tratados con precisión y claridad. El excursus sobre Salustio muestra cómo las fuentes, al igual que ocurre con Cicerón, están teñidas de subjetivismo.

En el acto final, con la huida de Catilina, la torpeza de los conjurados que permanecen en Roma, la presencia de los alóbroges y la decisión final del senado sobre los conspiradores, se encadenan uno tras otro, creando un ritmo histórico fascinante en el que se muestra cómo la conspiración, apresada en sus contradicciones, se deshilacha irreparablemente. El epílogo es un ejemplo de capacidad de síntesis pues concentra las claves que, según el autor, envolvieron la acción de Catilina: una oligarquía de senadores y caballeros, ávidos de poder y beneficios, en medio de una crisis económica y financiera que afectaba a toda la sociedad.

Para el profesor Ferrer el fracaso de Catilina no fue por un mal programa, sino por un cúmulo de adversidades, como la falta de control de resortes del poder, colaboradores indolentes, incapaces o depravados, una plebe voluble y timorata. Algunos de los personajes secundarios son destacados negativamente, en especial Hybrida, Clodio, Curio... Como una revancha *post mortem* se nos recuerda por el autor el trágico fin que aguardó a todos los ilustres contemporáneos de Catilina: Craso, Cicerón, Catón, César.

La obra se remata con un útil glosario, un marco cronológico, una recopilación de las fuentes y una sucinta bibliografía, suficiente para que el lector pueda ampliar sus conocimientos. El profesor Ferrer, que ha volcado en las últimas líneas del libro su mirada inteligente y sensible hacia el hombre y hacia el paso del tiempo, ha querido calificar su obra de pedagógica. No se lo vamos a negar. Pero añadiríamos que es, además, propedéutica. Nos anima y nos convence, parafraseando a Carlyle, a reconocer en la biografía una verdadera historia, quizás la historia verdadera.

Juan José SEGUÍ MARCO

Universitat de València
juan.j.segui@uv.es